

RESEÑAS

Antonio Rubial García, *La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados en LA Nueva España*, México, UNAM/FCE, 1999, 323, pp.

El complejo mosaico de la historia novohispana, otrora visto con desprecio por la historiografía nacionalista, va siendo reconstruido, en forma cada vez más dinámica, desde muy diversas perspectivas. Durante este largo siglo, los años de apología de la llamada conquista espiritual dieron paso al interés por la historia de las instituciones, que gradualmente derivó en el estudio de la historia económica y social del virreinato, campo en que las aportaciones han sido enormes y siguen apareciendo cada día. Baste con mencionar, entre incontables aspectos, los avances en el estudio de la peculiaridad de las regiones y de los intercambios mercantiles entre éstas; las grandes discusiones en torno a la cuestión de la presunta crisis del siglo

XVII, o sobre las características y consecuencias de las reformas borbónicas, etc. De forma paralela, se ha intentado comprender la suerte de las comunidades indígenas después del doble choque de la conquista militar y espiritual.

La historia de la Iglesia y de sus diversas instituciones implantadas en el vasto territorio novohispano, también se halla en ascenso. Asistimos además a un nuevo auge de los estudios acerca del arte, la literatura y la filosofía novohispanas. Las investigaciones acerca de la educación y las universidades durante los tres siglos coloniales, hace tiempo que dejaron el ámbito cerrado de la historia institucional para derivar al análisis del papel que jugaban en la sociedad colonial. Se estudian asimismo la familia, las cofradías, las mentalidades, la religiosidad, las ideas prevalecientes en los distintos momentos de tan vasto periodo. Gracias a esa multiplicidad de esfuerzos, hace mucho que ya nadie toma a la ligera los estudios sobre nuestro pasado colonial, etapa que

dejó de ser territorio de los historiadores apologeticos del papel civilizador de la hispanidad.

Antonio Rubial, insustituible estudioso de las actividades de la orden agustina en la sociedad novohispana, desde hace años viene investigando también el sentido, o los sentidos, de la religiosidad criolla. Su presente volumen acerca de *La santidad controvertida* es un balance de diversas investigaciones particulares previas, pero, más allá de la mera compilación de textos, la reelaboración de todos ellos para integrarlos en un solo conjunto le permite redondear y hacer más visibles unas tesis que ya se insinuaban en sus estudios particulares sobre los diversos modelos de santidad sospecha.

En la Introducción, Rubial da cuenta del uso que hará de la literatura hagiográfica novohispana para los fines de su libro. La entiende como un género cuyo propósito era promover y transmitir los valores culturales vigentes en un determinado medio. Si bien los hagiógrafos pretendían atenerse a las reglas de la historia para tratar acerca de vidas *ejemplares*, en la práctica elaboraban una escritura a caballo entre la historia y la literatura. Cada venerable cuya vida se narra es, al mismo tiempo, un individuo y un caso ejemplar: una persona y un personaje; un individuo hasta cierto grado común y corriente, pero en el que

se revelan lo excepcional y lo maravilloso. A partir de esas peculiaridades del género, Rubial se propone explorar en la literatura hagiográfica novohispana cuáles eran los estilos de vida considerados dignos de pública veneración y, por consiguiente, qué clase de valores y de aspiraciones eran exaltados por aquella sociedad.

A continuación, en un capítulo de carácter propedéutico, el autor ofrece una nítida síntesis del concepto de santidad en el mundo cristiano y de su evolución a lo largo del tiempo; destaca además cómo la jerarquía eclesiástica en todo tiempo se ha empeñado por mediar en las manifestaciones de religiosidad popular a fin de que no escapen a su control. Da cuenta, por lo mismo, de la forma como Roma logró atraer a su ámbito la determinación última y oficial en cuestiones de santidad. De ahí que toda canonización dependiera cada vez más de procesos crecientemente burocratizados, politizados y costosos. Asimismo, ofrece un esbozo de la evolución de la literatura hagiográfica en tanto que fuente principal de su estudio, y se detiene en las peculiaridades del género durante el periodo barroco. Tales elementos y conceptos le servirán como instrumentos de análisis a lo largo de su investigación.

Una vez expuesto su concepto de santidad, el segundo apartado sirve al

autor para enunciar una finalidad ya apuntada desde el subtítulo del libro. Mostrar, a partir de cinco ejemplos-tipo de venerables novohispanos, la medida en que la literatura hagiográfica contribuyó a definir y afirmar la conciencia criolla. Cada uno de los restantes capítulos le permite analizar esos cinco casos particulares que son a un mismo tiempo genéricos: el ermitaño, el mártir en Japón, la monja asceta y visionaria, el obispo reformador y, por último, el misionero. Lo que se sabe de cada vida, el origen de las respectivas leyendas de santidad, la literatura hagiográfica que suscitaron, su fortuna en el nuevo y el viejo continente, y los avatares de sus procesos de beatificación, que casi nunca se vieron coronados por el éxito.

Lejos de reducirse a una esquemática narración que se reitera en cinco ocasiones, cada uno de los tratamientos complementa a los previos y es desarrollado de forma magistral. Además, el arco cronológico del conjunto abarca desde las postrimerías de siglo XVI, cuando se constituye la leyenda del ermitaño Gregorio López, y concluye con la decadencia del género, a fines del XVIII, con los intentos de canonización del misionero fray Margil de Jesús (m. en 1726), desvanecidos tiempo atrás los años *dorados* de la primitiva evangelización. El libro ofrece así una imagen de conjunto del desarrollo y decadencia

del género hagiográfico a todo lo largo del periodo virreinal.

Sin duda para realzar el carácter arquetípico de sus venerables, al inicio de cada capítulo Rubial da cuenta de otros casos análogos, menos afortunados en cuanto a su fama y perspectivas de canonización, que le ayudan a perfilar al respectivo modelo. De ese modo pone de relieve la medida en que los tópicos de los respectivos arquetipos hagiográficos se aplicaron a los venerables novohispanos, destacando la deuda de las plumas locales con los moldes europeos. Semejantes escritos, que pretendían narrar la excepcional vida de un hombre o una mujer excepcionales, estaban pagando puntual tributo a los clichés y los requerimientos formales de un género que llevaba siglos empleándose.

Al mismo tiempo que Rubial deja ver lo que esas *vidas* tienen de genérico, sabe descubrir las preocupaciones particulares de sus autores y de la sociedad para la que estaban escribiendo. De ese modo, hace patente la preocupación que hermana a dichos escritores (cuando su obra es elaborada desde América): la reivindicación del Nuevo Mundo como un territorio plenamente incorporado a la historia sagrada. Los frutos de santidad de la cristiandad americana tenían pleno derecho a ser parangonados con los más notables de cualquier otra par-

te del orbe. Aquí Rubial entra en una cuestión sin duda digna de interés. Cuando un autor europeo reescribía en el Viejo continente la *vida* ejemplar de un americano, ¿la adaptaba a otro género de preocupaciones y valores, más a tono con aquella sociedad, o dejaba filtrar nítidamente las inquietudes patrióticas de los criollos? Y a la inversa: si *vidas* como la de Palafox, cuyo arquetipo procedía de la península, eran readaptadas en América, para adecuarlas a motivaciones locales.

El empinado camino hacia el proceso de canonización daba inicio con las licencias del obispo local, cosa relativamente fácil, pues los prelados solían promover con entusiasmo tales causas, en tanto que contribuían al buen nombre de su sede episcopal. A continuación, era indispensable interesar a la corona y, por último, piedra donde se estrellaron las mejores intenciones, convencer a Roma. Durante siglos, ríos de dinero y de empeños fluyeron a la curia romana. Cada causa tuvo sus hados particulares, pero los desenlaces fueron frustrantes o el éxito llegó demasiado tarde.

Sin duda, los autores criollos, los lectores indianos de esas obras y los entusiastas del culto a los siervos americanos de dios podían pregonar, y proclamaban, la excelencia y santidad de los frutos de esta tierra. Pero algo muy distinto era que Europa lo admitie-

ra así. En ese sentido, los esfuerzos americanos por llevar a sus venerables a los altares pueden leerse como una historia de la frustración criolla, orgullosa de su nativa grandeza, ante lo vano de sus intentos de obtener el reconocimiento de los otros. En vista de tan pobres resultados, podemos decir que el libro se convierte en la triste relación de los avatares de la conciencia criolla, que intuye o conoce su marginalidad, por lograr un estatuto de igualdad frente a la cultura metropolitana. Un reconocimiento que una y otra vez le fue escatimado.

A cada momento, Rubial da cuenta de esta frustración, pero no sistematiza sus consideraciones al respecto. Tal vez en lugar del final casi abrupto de su libro, apenas concluido el caso de fray Margil de Jesús, hubiera convenido profundizar en el tema de la conciencia criolla. En qué medida la producción hagiográfica local contribuyó a afirmar la autoconciencia de los naturales de Indias, y qué tanto peso tuvo el reiterado fracaso de verse devaluado frente al Otro.

Por lo demás, la lectura de un libro tan sabroso tiene el mérito de suscitar a cada paso reflexiones que no necesariamente guardan relación directa con los propósitos del autor. Por ejemplo, qué sucedería si, para hurgar en las raíces de la conciencia criolla, las aportacio-

nes de este libro, centrado en la hagiografía, se ponen en juego con la literatura destinada a exaltar las excelencias de los principales santuarios virreinales. Muy en particular, con los escritos enderezados a promover el culto guadalupano, inagotable tema. Se trata de manifestaciones coetáneas tendientes al mismo propósito de sacralizar el espacio novohispano. En el primer caso, son las virtudes excepcionales de unos criollos singulares las que evidencian la calidad moral y espiritual a que son capaces de llegar las Indias. En el segundo, la magnitud de las gracias y milagros de los santos patronos de un santuario se exhiben como la mejor prueba de hasta qué punto las creaturas celestes han elegido a esta tierra, santificándola con su presencia y sus sobrenaturales manifestaciones.

Sin duda, además, habría que poner toda esa literatura piadosa al lado de otra serie de manifestaciones de carácter laico e incluso científico. Porque al comienzo del xvii, al propio tiempo que las prensas locales daban a luz escritos de carácter hagiográfico, estaban publicando “grandezas” mexicanas, peruanas, poblanas. Diego de Cisneros escribía acerca del *Sitio, naturaleza y propiedades de la ciudad de México*, mientras Enrico Martínez se ocupaba de la *Historia natural de la Nueva España*, o se difundía la *Relación universal, legítima*

y verdadera del sitio de la ciudad, y Torquemada imprimía la *Monarquía indiana*. Las vidas de varones venerables eran, pues, uno de los múltiples flancos a través de los cuales los criollos estaban reivindicando su propio espacio, ante el escepticismo o la hostilidad de los otros, los de aquel lado del Atlántico.

Esa multitud de manifiestos reivindicatorios de la tierra natal o de adopción, llevan a la pregunta acerca de ¿quiénes, cuándo y cómo introdujeron en México la cultura barroca? Para Rubial se trata simplemente de un dato, de algo que se da por supuesto. Los novohispanos “desde principios del siglo xvii[...] encontraron en la cultura barroca un lenguaje ideal”. Y más adelante: “El barroco, cultura de contrastes, de ambigüedades y de apariencias, se convirtió de inmediato en una tierra fértil, donde todos los que buscaban identidades podían afianzar raíces y producir frutos” (p. 53).

A mi modo de ver, no se trató de un proceso simple e instantáneo, y queda como una asignatura pendiente, no sólo del autor sino de la historiografía novohispana, descubrir y dar cuenta del proceso mediante el cual se introdujo y afianzó la cultura barroca en esta tierra. En lo tocante a la literatura hagiográfica, Rubial apunta, un tanto de paso, que fue obra de autores frailes,

jesuitas y clérigos seculares. Pienso que, en contraste con la relativa atención concedida hasta hoy a los frailes de las distintas religiones, poco se ha explorado el papel de los clérigos seculares en la construcción de la cultura barroca novohispana, más allá de figuras aisladas como Sigüenza y Góngora.

Es cierto que los seculares no eran miembros de una comunidad cerrada, como los franciscanos y los jesuitas, pero formaban parte de una sociedad acerca de la cual apenas se ha escrito: la congregación de San Pedro, cuyos abades fueron criollos que gozaron de gran reconocimiento en su medio, y cuya memoria se quiso conservar pintando sus efigies al óleo. Por otra parte, la mayoría de los criollos, al menos los del arzobispado, pasaron por la universidad. Es cierto que también cursaron frecuentemente en los colegios de los jesuitas, donde aprendían a escribir pulidamente y se impregnaban de su espiritualidad. Pero en la universidad tenían ocasión de participar, a veces durante el resto de su vida, en diversos actos de comunidad. Concluidos sus cursos y ritos de graduación, solían intervenir en los concursos por las cátedras, en los actos de conclusiones, en las solemnes ceremonias públicas. Además, quienes se doctoraban, participaban permanentemente en el gobierno y la conducción de la universidad a través de los claustros. Los más ambiciosos de ellos

aspiraban constantemente a un asiento en el cabildo, otro órgano colegiado que tanto interactuaba con la universidad.

Esos clérigos universitarios, que peleaban por arrebatar las doctrinas a los frailes y convertirlas en parroquias seculares, y que con tanto celo defendían ante la corona el derecho de los criollos a ocupar la totalidad de los beneficios eclesiásticos de la tierra, ¿fueron parte fundamental en la constitución de la conciencia criolla? Aquellos que dejaron testimonios escritos, impresos o no, ¿qué nos aportan cuando queremos responder a cuestiones como la de los alcances de la cultura barroca en Nueva España o la de los orígenes y vicisitudes de la conciencia criolla? Estas y muchas otras preguntas y sugerencias se ofrecerán a los lectores de un libro tan rico e, insisto, tan sabroso de leer, como el de Antonio Rubial sobre *La santidad controvertida*.

Para la reconstrucción de ese proceso, el libro de Rubial sobre la literatura hagiográfica constituye un gran aporte.

Enrique González
Universidad Nacional
Autónoma de México